

1876

161/4

39017

Historia Tradiciones y Leyendas de las calles de MADRID

por
Tomás
Tricks

NUM.

1

1
pts



Ayuntamiento de Madrid

Historia Tradicional y Leyenda
de las calles de

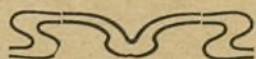


CALLES
DE
MADRID

Historia • Leyendas • Tradiciones

POR

TOMAS ARIAS



MADRID
Imp. y Lit., Juan Bravo, 3
1944

Ayuntamiento de Madrid

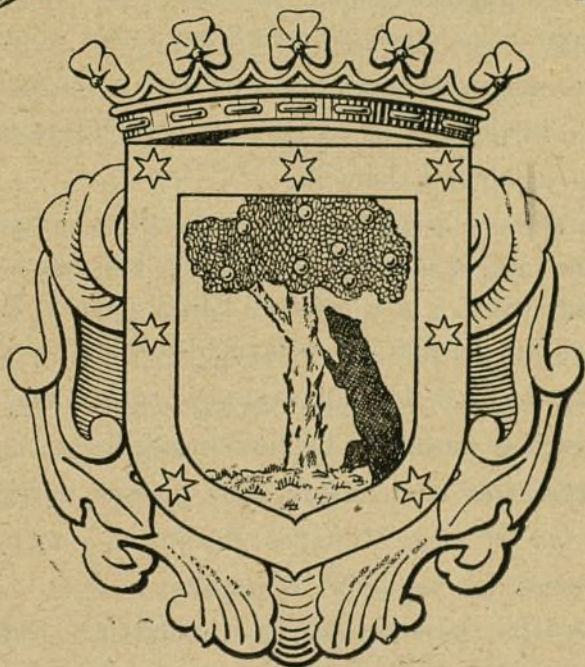
GALEA
MADRID

1880

TOMAS ARIAS



CALLES DE MADRID



INTRODUCCION

I

A ti, amigo lector, hombre del siglo XX, va dedicado este ramillete de historias, leyendas y tradiciones, que nos hablan de viejos tiempos.

Alguien ha dicho, que cualquier tiempo pasado fué mejor;

pero no lo creas, lector. ¿Qué verías si mañana despertases, retrocediendo al siglo XVI?... Lo primero que tus ojos contemplarían sería un poblacho grande y destartalado, que es lo que entonces era Madrid, aunque eso sí, muy pintoresco y con mucho carácter; de calles estrechas y angostas, entre las cuales, por excepción, se encontraba alguna ancha y relativamente recta; sin pavimentación ni más alumbrado nocturno que algún que otro farol dando luz a alguna venerable imagen de la Virgen, sin servicio de taxis, electricidad, tranvías ni agua a domicilio.

Es cierto que en la calma de la noche escucharías, a veces, el melancólico lamento de las saetillas de los Hermanos del Pecado Mortal; o verías pasar a la Ronda del "Pan y Huevo".

En la clara luz del día presenciarias los solemnes Autos de Fe, con el ejemplar castigo de judaizantes y reformistas; de brujas y hechiceros; verías pasar los brillantes desfiles de las regias comitivas; te recrearías contemplando los lujosos uniformes de los Caballeros de las Ordenes Militares; las justas y torneos, las fastuosas procesiones y ceremonias religiosas.

Pero todo ello, ¿te compensaría el vivir sin el refinamiento y comodidades de la vida moderna? Seguramente que no. Hoy más que nunca la vida es más grata y amable, y hasta me atrevería a afirmar que los hombres somos mejores, porque en contra de lo que creía Rousseau, el hombre, cuanto más se aparta de la vida primitiva, más noble, más bueno, más generoso y comprensivo es.

II

"La tradición es bella como un romance y sagrada como un rito"—dice don Ramón del Valle Inclán en su "Sonata de Invierno"—. Ella nos habla de costumbres que fueron; de Instituciones des-

aparecidas en el trasiego de los siglos; de antiguos, nobles edificios abatidos, unos bajo la acción de la piqueta demoledora, y restaurados otros, constituyendo en el actual aspecto urbano un encantador arcaísmo.

La tradición es la voz amable del pueblo que de una a otra generación va modificando la verdad histórica, para hacerla más bella y apasionada, menos fría y severa. La leyenda, hija dilectísima de la Historia, es en las calles de las viejas ciudades donde anida con más hondo fervor.

Unas veces es un viejo Cristo, que escondido en pequeña y apartada ermita, realiza, según los viejos, grandes milagros. ¡Y en verdad no se engañan, porque es... un milagro de arte y de fe! Otras, es una estrecha calleja, que perdida en un recodo de la ciudad que crece vertiginosamente, conserva, aún, un hondo poder de evocación en los heráldicos escudos de sus antañones palacios, que hablan de fastos y pasadas grandezas o de románticas historias de amor.

Tampoco falta el tema de la "Casa de los Duendes", un edificio deshabitado, en el que en la alta noche se dejan oír ruidos misteriosos. He aquí los temas eternos que la fértil fantasía popular sitúa en el reino de la quimera y emplaza en calles de poético nombre.

III

El espíritu de toda ciudad, su tipismo y carácter, está no sólo en sus habitantes, sino también, y principalmente, en sus calles, que a través de los siglos y de las generaciones conservan un tesoro de arte en los nobles edificios históricos que se alzan en su re-

cinto, un variado mosaico de recuerdos de su vida anecdótica y una viva expresión del alma popular en sus tradiciones y leyendas y en sus nombres, unas veces pintorescos y extravagantes y otras conmemorativos y biográficos, evocadores de la vida de célebres personajes que dejaron en la ciudad un recuerdo grato.

IV

“Me gustan las calles de Madrid por lo anchas y alegres” —dice Santa Teresa en una de sus cartas—. Lo primero es un poco relativo y peca de hiperbólico. En cuanto a lo de alegres, ya está más en lo cierto; porque tanto ayer como hoy, siempre ha sido ésta una nota de las más características.

“Las calles de Madrid parecen bocas de perro que muerde” —dice Teófilo Gautier en el “Viaje a España”, con ocasión de la visita que en 1840 hizo a la Villa—. Y hay que reconocer que no le faltaba razón; porque la pavimentación de las calles madrileñas ha sido siempre un tormento para el vecino que diariamente tenía que transitar por ellas.

V

La calle más larga de Madrid es la de Alcalá, con más de tres kilómetros y medio de longitud; y la más corta, la de Rompelanzas, con 16 metros; la más típica y emotiva la del Sacramento, con sus viejas iglesias, antañones palacios y caserones de romántica traza, donde la leyenda teje su tela sutil y anida la tradición; la más popular ¡la de Toledo, cantada por Pérez Galdós y celebrada

por Sepúlveda y Mesonero Romanos; la más exótica y cosmopolita la Avenida de José Antonio, con el soberbio rascacielos de la Telefónica, sus edificios de ventanas lisas y sus grandes almacenes.

La más linda plaza es la de la Villa, con sus venerables edificios y su sabor ancestral; las más amplias, la de la Cibeles y Mayor, próceres y señoriales; la más chiquitita, la de San Nicolás, coquetona y bella como una tacita de plata; la más democrática, la de Cuatro Caminos; la más concurrida, bulliciosa y madrileña, la de la Puerta del Sol, suma y compendio de cuanto Madrid es.

VI

Nunca es tarea inútil la de recordar las cosas que fueron, aunque lo sea por un humilde ropavejero de antiguallas, como lo es el que esto escribe.

Y primero paz y después gloria, demos comienzo a nuestra tarea de fieles cronistas.



Rápida ojeada histórica

y breve semblanza

de Madrid



Todas las fábulas con que los viejos historiadores refieren los orígenes de Madrid cayeron por tierra cuando en 1864 se descubrieron en el cerro de San Isidro hachas de pedernal, que dan testimonio de que la orilla del Manzanares fué poblada por los hombres más antiguos de que hay memoria, correspondientes al período cuaternario inferior.

De las edades de los metales no hay restos. Madrid debió de ser entonces espeso bosque habitado por osos, que han dejado memoria en el escudo de la Villa.

Pero, en cambio, sí hay vestigios de la época romana y de una población, llamada Miacum, existente en Carabanchel, la cual era lugar de paso de la calzada romana que desde Mérida iba a Zaragoza. De esta época el arqueólogo don Ramón Mélida encontró algunas esculturas junto a la cuesta de la Vega.

Del Madrid árabe descubrió el citado arqueólogo algunas muestras de cerámica en los desmontes de la Gran Vía.

Puede decirse que hasta el año de 1083, en que el Rey de Castilla Alfonso VI conquista a Madrid, no comienza la historia de la Villa.

Madrid, hasta entonces caído en el olvido, va ganando paso a paso el favor de la realeza y de los hombres de valimiento y de poder. Y es Alfonso VII quien le otorga en 1145 su fuero especial; y son Alfonso VIII y Alfonso X el Sabio los que ordenan la ampliación de su recinto, proveer a su organización y dictan sus ordenanzas.

En el año de 1309 se reúnen por vez primera las Cortes del Reino en Madrid, bajo el gobierno de don Fernando IV; importante hecho que se

repite en 1329 y 1339 y que fueron presididas por Alfonso XI en persona. Esto prueba el auge que Madrid va tomando.

Pero la Villa decae, sin embargo, en los períodos siguientes. Las Reales Cédulas expedidas por Don Juan II y las que dan los Reyes Católicos en 1480 y 1490 atestiguan las medidas que son necesarias tomar para evitar su despoblación y acaso su ruina.

Trasladada la Corte a Madrid en 1561 por Felipe II, se inicia la era de su mejora y grandeza. Hasta entonces Madrid era una población de segundo o tercer orden, no ya entre las ciudades españolas, sino solamente entre las castellanas, como se comprueba recogiendo las cifras de "vecinos pecheros", o sea contribuyentes, que había en Madrid y en las poblaciones de la España central en 1530 y en 1594, o sea 31 años antes y 33 después de haber sido trasladada la Corte.

	año 1530		año 1594	1535
Alcalá de Henares	850	"	"	2.057
Alcázar de San Juan	3.696	"	"	2.826
Avila	1.523	"	"	3.665
Burgos	1.500	"	"	2.009
Ciudad Rodrigo	1.000	"	"	7.500
Madrid	748	"	"	2.760
Medina del Campo	3.872	"	"	2.006
Medina Rioseco	2.057	"	"	3.063
Palencia	1.364	"	"	4.953
Salamanca	2.459	"	"	5.548
Segovia	2.850	"	"	1.279
Soria	753	"	"	10.913
Toledo	5.898	"	"	2.314
Toro	1.383	"	"	8.112
Valladolid	6.750	"	"	

Esto prueba cuánto debió Madrid a la capitalidad, pues en 64 años aumentó en más de diez veces su población.

No hubo razón alguna para ser trasladada la Corte y Capital del Imperio más extenso y poderoso de aquel tiempo al centro de la meseta, entre tierras yermas, con difíciles comunicaciones y sin medios naturales de riqueza.

Estudiando los testimonios de Fernández de Oviedo, Jerónimo de la Quintana, Mesa, Medina, Marineo Siculo, Pérez de Montalbán, Nebrija,

López de Hoyos, Méndez Silva y de cuantos han escrito sobre la historia de Madrid, nos convencemos de que el hecho de ser elegida la Villa como capital de España, fué obra del capricho real.

Madrid en 1561 carecía de comunicaciones rápidas con el mar; no estaba bañado por ningún gran río; no era un gran centro productor; no era el nudo del tráfico comercial de España, ni riqueza de la meseta castellana, no era un gran mercado, ni tampoco una villa de importancia.

La única razón la da Rodrigo Méndez Silva, Cronista del Reino, al afirmar que Madrid es la "yema y centro de toda España"; pero esta favorable situación no tiene ningún valor cuando, como sucedía entonces y ha seguido ocurriendo hasta bien entrado el siglo XIX, sus vías de comunicación con el resto del país eran escasísimas.

Existe, en cambio, un hecho insistentemente repetido por todos los cronistas y que explica la resolución de Felipe II en la época en que Madrid es exaltado a la capitalidad de la vasta Monarquía española. Madrid era un admirable sanatorio real. Aquí aliviaba sus dolencias el Cardenal Cisneros; Carlos I curó unas cuartanas pertinaces, y Felipe II halló remedio a varias de las enfermedades que le acometieron en su largo reinado.

El cronista López de Hoyos (el maestro de Cervantes), y cuantos escribieron entonces sobre Madrid, hablan de la abundancia de aguas, riqueza de bosques espesos y frondosos y abundancia de la caza en el siglo XVI.

La época de su mayor brillo y boato culmina en el poético y caballeresco reinado de Felipe IV, confinado--según Mesonro Romanos--en el real sitio del Buen Retiro, encantador lugar de recreo que vió lucir el bullicio y esplendor de las fiestas palatinas, de las juntas y torneos entre caballeros; que escuchó la musa de Lope de Vega y Calderón, Tirso de Molina y de Moreto, de Solís y del gran don Francisco de Quevedo, madrileños todos ellos de nacimiento; Corte en la que florecieron los pinceles inmortales de Velázquez y Murillo. El magnífico plano de don Pedro de Texeira, grabado en Amberes, en 1656, es una bella muestra auténtica de lo que fué la Villa de Madrid en el siglo XVII.

De noble recuerdo para Madrid son los reinados de: Felipe V. fundador de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia y del más suntuoso Palacio Real del mundo; de Fernando VI, tan amante de la paz y de las gratas tareas de la reconstrucción nacional, a quien la capital

debe el hermoso Monasterio y templo de las Salesas Reales, y sobre todo de Carlos III, que más que Rey, fué para Madrid su mejor Alcalde.

Este Monarca engrandeció con hermosos edificios el pueblo de su nacimiento, tales como el Museo del Prado, la Aduana (hoy Ministerio de Hacienda), la Puerta de Alcalá, el Hospital General, el Observatorio Astronómico y la Fábrica de Tapices. Transformó en uno de los paseos más espléndidos de Europa el llamado Prado de San Jerónimo, al que adornó con las bellísimas fuentes monumentales de Cibeles, Neptuno y Apolo, reformas en las que tuvo la colaboración de arquitectos tan expertos y artistas como Ventura Rodríguez, Villanueva y Sabatini. También se le deben medidas de aseo y limpieza de la Villa, como el alumbrado público, la vigilancia nocturna, creando el cuerpo de serenos, empedrado de las calles, servicio de limpieza y de incendios, numeración de las casas, etc. En 1788 muere en Madrid el gran Monarca y con él pierde la Villa a su más amante defensor.

Los últimos años del siglo XVIII corren parejos a los de la primera mitad del siglo XIX, y Madrid es víctima de un lamentable letargo, obra de los trastornos y vicisitudes políticas.

Pero al comenzar la segunda mitad del siglo Madrid empieza a sufrir una honda transformación y a experimentar una era de crecimiento, grandeza y mejora. Desde que en 1859 llegaron a la Corte de España las aguas del Lozoya, merced a la construcción del Canal de Isabel II, debido al ministro Sr. Bravo Murillo, el engrandecimiento de esta capital es rápido e ininterrumpido.

Otro hecho que impulsa la prosperidad de la Villa es la construcción de los ferrocarriles, a partir del de Madrid a Aranjuez, inaugurado en 1851, y que al tomar a Madrid como centro, convierten a esta población en el núcleo fundamental de las comunicaciones hispanas.

Madrid debe mucho a la época isabelina, y, sobre todo, al célebre político y gran financiero don José de Salamanca, creador del barrio de su nombre, el más amplio, suntuoso y mejor trazado de la Capital.

De la época romántica acá, ¡cuánto ha prosperado la Villa! Su presupuesto municipal, que en 1850 era de 19 millones de reales, subió en 1900 a 31 millones de pesetas y hoy asciende a 150 millones de pesetas, honda labor financiera, que prueba la firme confianza que el pueblo tiene en sus administradores actuales.

Madrid posee más de 50 líneas de tranvías y una amplia red de ferrocarriles subterráneos, que la cruzan en todas direcciones; hoteles,

cines, teatros y comercios como los mejores y más lujosos del mundo; suntuosas avenidas como la de José Antonio y calles como las de Alcalá, Sevilla, Montera, Carretas, Carrera de San Jerónimo, etc., que son pregon de su próspero comercio y de su extraordinaria actividad industrial y mercantil. Culmina ésta en la Puerta del Sol, corazón de Madrid, centro y vida de la urbe. Y no lejos de estos lugares de incansable movimiento, existen otros que son quietos, remanso de paz, como las plazas de la Villa, Conde de Miranda, de la Paja, Puerta Cerrada y San Andrés, y sus callecitas adyacentes, silentes y dormidas, donde el vivir estruendoso y acelerado del resto de la ciudad no llega más que alguna vez.

La majestuosa plaza de Oriente (en cuyo centro destaca la magnífica estatua ecuestre del Rey Felipe IV, obra del florentino Pedro Tacca, según el modelo diseñado por el gran pintor don Diego de Velázquez), resalta por la severa magnificencia del Palacio Real, construido con arreglo a los planos de Sacchetti y que como la Armería encierra joyas artísticas y maravillas inapreciables, acumuladas a través de los siglos por el buen gusto de los Monarcas españoles.

Preocupa a Madrid el arte de sus jardines, y como herencia árabe, ha conservado el amor del árbol y de las flores, pudiendo ostentar el bellísimo Parque del Retiro, con su rosaleda inimitable y preciosísima, y los de la Casa Campo, Oeste (hoy reconstruido y renacido de sus escombros, como consecuencia de la guerra civil), Campo del Moro, Arganzuela, Dehesa de la Villa, etc.

Pero el mayor tesoro artístico de Madrid, y acaso del mundo, es el Museo de Pintura, visión de arte inagotable, donde se admiran las obras capitales de los grandes maestros de la pintura española, italiana y flamenca. Junto a él se destacan en más modesta escala los de Arte Moderno; Arqueológico, Reproducciones Artísticas, Naval, Artes Industriales, Ciencias Naturales, Antiguo Madrid, Pueblo Español, Cerralbo, etc. Madrid tiene todo el prestigio de una ciudad antigua, y el buen gusto y comodidad de la más moderna. Junto al viejo templo, de piedras centenarias y exquisitos recuerdos de arte, se eleva el gran hotel moderno y la audacia arquitectónica de los rascacielos. A la par que esos viejos paradadores de las calles de Segovia, Toledo y Cava Baja, con sus trajinantes y arrieros, que evocan las mejores páginas de la novela picaresca, se ven las calles modernísimas, pletóricas de vida y dinamismo.

Madrid es el noble y caballeresco pueblo castellano que canta y pregona su historia, del que ha dicho un gran escritor: "Madrid, por su

espíritu acogedor, hospitalario y franco, lleno de simpatía, es, sin disputa, la única gran ciudad del mundo donde todos nos encontramos como en nuestro hogar propio, rodeados de cordialidad, de afable alegría, de ese calor de casa nuestra que hace de la Capital de España palenque, refugio, placer y asiento de todas las actividades y de todos los afectos."

Y así es Madrid, que no pregunta nunca al que llega de dónde viene ni adónde va, sino que se limita sólo a tenderle lealmente los brazos para estrecharle del lado del corazón.

Madrid no carece de bellos monumentos y hermosas perspectivas que le dan un aire monumental de gran capital: pero su alma, genuina y típica, es la calle donde alienta, lleno de vigor y originalidad, el sentimiento popular. La psicología inquietante y encantadora de esos deliciosos tipos de manolas, majas, chulos y chisperos que llevó Goya a sus lienzos y don Ramón de la Cruz a sus sainetes, revive en los madrileños de hoy y constituye una manifestación, transparente como agua de nieve, del carácter del hidalgo, alegre y laborioso pueblo madrileño.

En la mirada entre picaresca y altiva, y en la sonrisa singular, llena de gracia espiritual de la mujer madrileña, está la vida que derrama a torrentes en sus rayos de oro el sol de Madrid. Las mujeres son la alegría de las calles de la Villa. Desde la dama noble hasta la modistilla que recorre las calles a la salida del taller; desde la obrera de la fábrica hasta la burguesita sentimental que se asoma al balcón de su segundo piso, ellas son las que dan a la Villa esa nota de característica simpatía que tanta impresión deja en el ánimo del visitante.



ABADA



Tiene su entrada por la Plaza del Carmen y termina en la Avenida de José Antonio. Es estrecha e irregular y conserva aún algunos caserones del siglo XVIII que no tienen valor arquitectónico alguno.

Abada significa en lengua portuguesa rinoceronte hembra. Sobre el origen del nombre de esta calle existe la siguiente tradición:

Unos cazadores portugueses que traían una abada, o rinoceronte hembra, se establecieron, en los finales del siglo XVI, en una de las calles del priorato de San Martín. Los cazadores aseguraban que la abada estaba domesticada, para evitar el temor y pánico del vecindario al oírla rugir. Pero un día la bestia se escapó y mató a un mozo del Horno de la Mata. Al momento se organizó en el interior de la Villa y Corte una cacería lo mismo que si fuese en el Africa Central. Con lanzas, mosquetones y picas, los vecinos, entre ruidosa algarabía de gritos y maldiciones, se lanzaron contra los cazadores y el rinoceronte, dando muerte a este último y salvándose los primeros gracias a lo presto de su huída. A la calle en que se hospedaban los portugueses le quedó este enigmático nombre tradicional.

En esta calle estuvo establecida durante muchos años la Sociedad de Cocineros, lo que nos trae a la memoria el recuerdo del más famoso cocinero de Madrid, del que dice el cronista José Deleito y Piñuela ("La vida madrileña en tiempos de Felipe IV"):

"Tuvo Felipe IV la fortuna de poseer un cocinero mayor famosísimo, cuya pericia culinaria fué regodeo de los paladares cortesanos, y que le conquistó un renombre que pasó las fronteras y adquirió un lugar no despreciable en la historia."

Llamábase Francisco Fernández Montño, y no sólo era un diestro y hábil manipulador de cocina, sino un artista de creación original, copioso inventor de platos nuevos suculentos, sabrosos y complicados. Indudablemente era un preceptista en el arte del francés Brillat-Savarin, con el que pudo codearse sin desdoro.

Montiño ha conservado ante la posteridad la gloria alcanzada en los fogones palatinos, componiendo un célebre tratado titulado "Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conserjería", impreso en Madrid en 1662 y considerado como raro. Esta obra une a un valor intrínseco el de ser el segundo manual culinario publicado en España. El primero se publicó en Toledo en 1541.

En él se expone minuciosamente la manera de limpiar y gobernar las cocinas, el servicio de los banquetes, la forma de condimentar cada plato para darle su punto, las frutas, postres y entremeses que se han de servir en cada comida, y las circunstancias para confeccionar la lista de manjares, según las distintas estaciones del año. Enumera por orden alfabético los platos de la mesa real y presenta menús tan estupendos por el número y calidad de los manjares, que harían vacilar al propio Gargantúa antes de resolverse a consumirlos.

Montiño pasó después a ser cocinero del Duque de Uceda, porque le daba mayor remuneración que la Casa Real.

Don Juan Gabriel Ocampo y doña María de Meneses fueron los primeros en levantar casas en esta calle,

en el siglo XVI. Parece que el terreno de esta calle fué propiedad de fray Pedro de Guevara, Prior del Monasterio de San Martín, según refiere el Padre Sarmiento. En el número 2 estuvo establecido el Círculo de Bellas Artes.



ABADES

El nombre de esta calle, paralela a la del Oso y que enclava con la bella iglesia de San Cayetano, incendiada durante el período rojo en 1936, tiene relación con la fundación en 1612 del oratorio público de la calle del Oso, por don Diego de Vera.

Vivían en esta calle dos hermanos, llamados don Rodrigo y don Gar-

cía Abad, regidores de la Villa; estos hermanos Abades ayudaron eficazmente al hidalgo Vera a fundar el oratorio que se llamó de San Marcos y más tarde a que se establecieran allí mismo los teatinos en 1644 y terminaron por dar nombre a la calle.

De 1723 data una escritura de venta, por la que los clérigos de San Cayetano compraron una casa de la calle de los Abades, propiedad de las monjas mercenarias de don Juan de Alarcón, para necesidades de la construcción de la iglesia.

Al edificarse la nueva casa desapareció el oratorio de San Marcos. Una tradición afirma que a poco de establecerse la comunidad de los teatinos en Madrid, llegó un día a tal extremo la escasez que padecieron, que no tenían qué llevarse a la boca, a pesar de haber tocado repetidas veces la campana llamando a la Comunidad a la mesa. Con todo, el Padre Prepósito mandó poner los cubiertos, y los clérigos se sentaron, rezando luego la acción de gracias como si hubiesen comido.

A poco, en la puerta del convento, se detuvo un borriquillo cargado de viandas, sin dueño alguno, que no se apartó de allí hasta que el Padre despensero tomó la carga, desapareciendo entonces el asno misteriosamente.

ABADIA

Esta calle está enclavada en el corazón de Vallecas, lugar que en el siglo XIV era terreno de monte bajo, cubierto de corpulentos encinares, donde abundaba la caza. Por merced real, este vasto coto fué concedido en propiedad al famoso priorato o "abadía" de San Martín, que era en dicha época el más rico y extenso de Madrid, de donde ha tomado nombre la calle.

Vallecas era el lugar donde se celebraban las corridas de toros en el siglo XVII.

Aquí estaba, a principios del siglo XIX, la academia de tauromaquia que, dirigida por el famoso diestro José Romero, se fundó con carácter oficial en tiempos de Fernando VII; se instaló en una dehesilla que Romero poseía y de ella fueron discípulos el duque de Fernán-Núñez y el gran pintor aragonés don Francisco de Goya "el de los toros", como le llamó el pueblo, porque nadie ha pintado como él en sus célebres grabados el dinamismo y la gracia de esta varonil fiesta nacional.

caz-
cos
644

San
de
e la

cos.
los
ade-
tado
Con
igos
nido
gado
e el
mis-

e en
enci-
fué
artín,
e ha

s en

aquia
ca-
dehe-
rnán-
pros",
s cé-
ional.

¡Acontecimiento Editorial...!

CALLES DE MADRID

es la historia completa y minuciosa, pintoresca y animada de las calles madrileñas. Libro original y extraordinario, por el que desfila la vida mística y apasionada, turbulenta y alegre de esta gran población, que en pasados siglos fué Capital de un poderoso Imperio en el que nunca se ponía el sol. En él se evocan las bellas leyendas y tradiciones de la época de Austrias y Borbones; se trazan las biografías de los personajes que dan nombre a sus calles; se investigan su origen y etimología y describen sus principales monumentos, templos y palacios y cuanto hay en ellas de curioso, típico o digno de mención.

Esta magnífica obra de un número de cuadernos de 16 páginas; cada uno profusamente ilustrado por la pluma de buenos dibujantes; y que se venderán al precio de UNA PESETA.

Adquiera esta obra y tendrá la historia de la Villa y Capital de España más amplia y completa que hasta el presente se ha editado.

Suscríbese a todos los números de
CALLES DE MADRID

Dirección y oficinas: ZURBANO, 85 - Teléfono 40917